D. PULMO

El retrato de Frida

(Cuento y otros relatos)

Contacto: *vidlop@outlook.com*

Printed in The Peninsula of Yucatan 2021
México

D. PULMO

El retrato de Frida

(Cuento)

Y otros relatos

A

Juan Villoro

El retrato de Frida

(Cuento)

El hombre sentado en la silla de madera tenía la mirada fija en el pequeño retrato oval que colgaba en la pared blanca. Un clavo sostenía una pintura al óleo de Frida Kahlo. En la habitación se podía observar los libros, los pocos utensilios de comida, la cama, todo bien ordenado, pulcro. Los zapatos lustrosos asomaban debajo de la cama. Un cuarto pequeño pero acogedor.

Era verano. Barrio de Santa Rosita. En la mañana. Un cuarto pequeño. La azotea. Los primeros rayos del sol penetraban por la ventana. El aire cálido. Los pájaros abandonaban sus nidos para ir a buscar comida. Un gato blanco con manchas negras afuera del cuarto.

Al levantarse todas las mañanas a Don Esteban le gustaba tomar el café muy caliente, decía para rematar *"que le quemara la lengua"*. El hombre parecía de ochenta años de edad o más, cabello y barba encanecidos, usaba lentes. Encendió el estéreo

y puso música. Su predilecta era los conciertos para oboe de Albinoni y Marcello, los *adagios.*

El aroma del café inundaba la pequeña estancia. Entre sorbo y sorbo de café el hombre no dejaba de mirar el pequeño retrato oval de Frida en la pared. Tenía la mirada clavada en él, como si quisiera recordar algo olvidado hacía mucho tiempo. El gato entró al cuarto y pasó debajo de la silla, acurrucándose entre los pies del hombre.

Disfrutando el café quedó atrapado en un grado de ensoñación matutina. Don Esteban entrecerró los ojos y respiró profundamente el aroma delicioso del café matinal, como si fuera un narcótico. Los recuerdos llegaron a galope en todo su ser dejándolos fluir suavemente. Imágenes de tiempos pasados se mostraban en una nitidez que las sentía vivas, como si hubieran acontecido uno o dos días atrás.

Don Esteban cerró sus ojos y empezó a recordar. El gato echado a sus pies.

Una tarde fresca de verano. La temporada de lluvias se inició con un tremendo aguacero diluviano. Había estado lloviendo la noche anterior. Las hojas de los árboles

brillaban con las gotas de agua resbalando por sus finas texturas, como si fueran perlas precipitándose al vacío.

Don Esteban cogió su sombrero, el paraguas y se colocó el tapaboca. Éste último era una norma estricta dictada por las autoridades gubernamentales por motivo de una pandemia que a nivel mundial estaba azotando a toda la humanidad en ese fatídico tiempo. El lugar donde vivía no se escapó del contagio mundial. Tiempo terrible que nadie se imaginaba vivir. Cambió la vida de la humanidad.

Don Esteban antes de salir del cuarto acostumbraba mirarse en el espejo y le llegaba a la mente el famoso aguafuerte del genial Goya de las mujeres y hombres embozados y sonreía. Signo de los tiempos. Reflexionaba con frecuencia *"A los sesenta y cinco años no hay que temer a nada"*. Y ahora en medio de la fatal pandemia ésta no le preocupaba tanto como para quitarle el sueño, como se dice coloquialmente. Y concluía filosóficamente *"Dios me permitió vivir mucho y se lo agradezco"*.

Eran tiempos duros y de alto riesgo. Toda persona que saliera de su casa para realizar actividades esenciales debía cumplir esta disposición. La

importancia para el cuidado de la salud, tanto para sí mismo como para sus semejantes, para evitar potenciales contagios, alcanzó el primer lugar del decálogo sanitario mundial.

Don Esteban tenía cinco años de jubilado y ahora estaba solo. Se había divorciado hacía seis meses, cuando apenas iniciaba la pandemia. Cuarenta años de matrimonio y todavía teniendo discusiones acaloradas por cosas banales, como cuando su mujer en tono fuerte le decía *"¿por qué tardaste tanto tiempo en el baño?* O peor aún, cuando se expresaba con un tono de recriminación *"Otra vez dejaste la toalla mojada colgada en la puerta del baño"*. A veces estas tonterías son los inicios detonadores para las discusiones estúpidas en un matrimonio. Y esto hace ver que el matrimonio sea horrible. Pensaba Don Esteban que *"ya no más. Se acabó"*. Tenía la manía de tararear el chachachá *Quién será* para poner término final a toda discusión ociosa, en donde no se vislumbraba un punto positivo que impulsara a desarrollar la idea en esferas más elevadas del razonamiento.

Abordó el autobús en el barrio *Santa Rosita*, donde vivía desde que se divorció. Le gustaba esa parte

histórica de la ciudad. En el autobús las personas, con el tapaboca puesto, sentadas en asientos individuales. El chofer con tapaboca arrancó el motor. Pasaron por las cumbres y calles empinadas, y luego se adentraron por las calles estrechas del barrio *La Guinea*; después el autobús se deslizó por las callejas y callejones del barrio *El Teconche*; y serpenteó por el barrio *La Candelaria*, por la sinuosa calle *Pinzona* y llegar finalmente a la *Playa Tlacopanocha*.

Llegó al malecón en *La Costera* a la hora acostumbrada, a las 6 de la tarde. Le gustaba ver a esa hora la *Roca de San Lorenzo*, una serie de pedazos de roca en la bahía, a quinientos metros de la playa del punto más cercano, rocas solitarias e inhóspitas, solitarias como almas en pena. Tuvo que sortear algunos contratiempos; el servicio de transporte público era muy irregular en sus horarios en ese entonces. De espíritu templado tomaba las cosas con la más amplia tolerancia, como si fuera un ferviente seguidor de la corriente filosófica del estoicismo.

En su última consulta de rutina la doctora le recomendó hacer una caminata cuando menos una

vez a la semana. Y él seguía la recomendación a pie puntillas. Don Esteban era ordenado y sistemático. Era una característica de su personalidad. Lo había aprendido de su primer jefe, quien decía que uno se refleja en sus trabajos hasta en los más mínimos detalles y, agregaba, hasta en una simple falta de ortografía cuando hacía un trivial oficio administrativo para informar sobre un asunto. Don Esteban obtuvo el primer lugar del concurso estatal de ortografía cuando cursaba el quinto año de primaria. Su familia estaba orgullosa del logro del niño.

Don Esteban siempre iba solo a caminar. Nunca se le vio ir acompañado. Solitario, como un viejo lobo solitario en el infinito mar. La esquina donde iniciaba su ejercicio estaba sola. Ningún transeúnte se veía alrededor, como si se los hubiera tragado la tierra. Don Esteban ya estaba acostumbrado a esa soledad del boulevard. Le gustaba disfrutar esa solitaria caminata. Se decía a sí mismo: *"Qué bien me siento al respirar este aire fresco y puro"*. Y lo inhalaba con verdadero placer, como si fuera vital para su existencia dada las condiciones de gran riesgo a que se exponía al salir del acuartelamiento casi militar de su cuarto por efectos de la pandemia.

El aire fresco le producía una sensación agradable. Respirarlo después de una semana de estar confinado en su habitación de tres por cuatro metros donde vivía, era como si hubiera salido de prisión.

Don Esteban empezó a caminar con mucha parsimonia, con despreocupación, liberado de problemas, como si fuera un pequeño burgués en los *Champs Elysées* de París. El ancho de la acera adoquinada era como de cuatro metros. Había altas palmeras en ambos lados. Las ramas eran mecidas por la brisa fresca del mar. Al pasar entre las palmeras altas y delgadas de ramas verdes sentía como si éstas tuvieran vida y lo saludaran alegremente.

"– ¡Buenas tardes!" – dijo Don Esteban.

"– ¡Buenas tardes!" – dijeron cortésmente al unísono el hombre y la mujer a través del tapaboca. Traían un perro pequeño atado con correa.

Pocos metros más adelante observó a un par de policías haciendo su rondín. El gobierno había dado instrucciones de vigilar a las personas que andaban en la calle para que portaran el tapaboca. De lo

contrario serían sujetos de sanciones administrativas. Aunque en la práctica la policía daba apercibimientos en esta irregularidad, según pudo constatar personalmente con un policía que le atendió en información que le solicitó. Muy educado el oficial le dijo que a veces la gente no entiende que esta medida era necesaria y era de mucha protección para evitar el contagio del virus entre la población. El oficial agregó *"hay personas necias que no entienden"*.

Don Esteban no podía dejar de observar los imponentes hoteles, restaurantes, comercios, todos abandonados, sin un alma viviente. *La Costera* lucía sin vida, casi fantasmal. En el puerto se veían las embarcaciones de los pescadores vacías. Un gigantesco barco transatlántico anclado sin personas a bordo. En la parte más alta una bandera con la hoja de maple roja era mecida por el viento. Pensaba *"Todo debe pasar, nada permanece"*. Citaba también el libro bíblico de la sabiduría *"Nuestra vida pasará como el rastro de una nube"*. Polvo. Nada.

Un grupo de turistas con el tapaboca puesto, llegó a las puertas de una casa que ahora es museo. Pero no pudieron entrar. Todo estaba cerrado hasta que

pasara la pandemia. Tomaban fotografías y posaban teniendo como fondo esa imagen solitaria en la eternidad.

El aire fresco de la tarde. El silencio de la principal avenida de Acapulco. Los últimos rayos del sol atravesaban débilmente las ramas de las palmeras y allí morían sin llegar al suelo. Gente que no se veía por ningún lado, como si estuvieran sepultados en vida dentro de sus casas.

Don Esteban caminaba y sentía como si estuviera en una ciudad fantasma, muerta.

Dos cuadras más y haría el retorno en el *Parque de la Reina.* Al llegar a ese punto final descansaba parado y respiraba. Relajarse. El tapaboca le molestaba para una inhalación de aire plena y libre. Vio a dos policías de guardia en ese punto. Así que no podía quitárselo ni por un momento. Se tranquilizó. Y después de unos minutos de descanso procedió a su regreso.

La hermosa bahía se regocijaba en la más completa quietud de la tarde, inerte, como si fuera una esposa que se entrega como la describe el sabio rey Salomón en el *Cantar de los Cantares*. Don Esteban

tenía a la vista el islote el *Farallón del Obispo*, roca de gran altura que destacaba salida del mar, como si fuera una joroba en la cresta de una ola en medio del tranquilo mar. Su vista se dirigió más allá del límite de los barrios *La Petaquilla* y *Dominguillo,* hasta perderse en la *Playa Papagayo*.

El sol rojo en el poniente, incandescente, sus últimos rayos estaban por extinguirse. Una ola de gaviotas estaba regresando de su larga travesía para conseguir comida. El suave viento marino.

Don Esteban cruzó la calle y tomó la acera de enfrente. Decía *"Hay que cambiar de acera para que la caminata tenga sentido de unidad circular"*. Se reprochaba *"Qué cosas digo sin sentido. Leer tanta filosofía hegeliana me ha trastornado el cerebro"*. Hegel era para él el máximo exponente de la filosofía de la corriente dialéctica. En la época que estuvo en la universidad matriculado en la ciencia de economía a Don Esteban le tocaba a veces discutir con un subjetivista, en otras palabras, idealista-metafísico. El principio metafísico *"Si, si"* ó *"No, no"* le era sencillamente insostenible. Decía *"Falta la evolución del fenómeno, la cosa superada"*. Pero a los que más odiaba eran los que profesaban con idolatría y

sacaban a relucir a manera de sabia conclusión el *"sentido común"*. Él mejor corría que discutir con esta nefasta y falsa escuela filosófica, donde todo lo ponen a sus intereses circunstanciales unilaterales.

Vio que se aproximaba un joven deportista a paso veloz. Portaba tapaboca, lentes oscuros y audífonos. Mirada adelante, ni siquiera percibió que casi choca con Don Esteban. Y este se apoyó con su paraguas para no caer por el rozón que le dio el joven. El deportista ni se detuvo a pedir disculpas, continuó corriendo.

Árboles altos y frondosos con sus ramas verdes. Las hojas caían por el suave viento de la tarde. En breve morirían todos los rayos de sol. Casas y oficinas vacías, sin vida. No había gente. Ni nadie pasaba. Silencio mortal.

Se aproximaba una pareja de jóvenes sin tapaboca. Parecían tórtolos enamorados y caminaban tomados de la mano. Violando la regla de la sana distancia y el uso del tapaboca. En el instante que cruzaron con Don Esteban respondieron al saludo de éste con un movimiento de cabeza y siguieron alegremente caminando. Don Esteban a varios metros todavía alcanzó a escuchar una estruendosa carcajada del joven.

Don Esteban había avanzado un buen tramo y le faltaba poco para llegar al punto inicial. De pronto observó a una mujer con tapaboca que vendía cuadros y pinturas. Las exhibía en una tela a ras del suelo. Don Esteban se detuvo un instante. Observó que la pintora reflejaba un espíritu libre, dejaba escapar su imaginación libremente, sin ataduras, sin reglas, sin principios abstractos. Eran la plasmación de la pura imaginación de la corriente denominada *"naif"*. Sin embargo, le llamó la atención una pintura de un pequeño retrato oval de unos diez centímetros. Era Frida Kahlo con un típico moño colorido en su cabellera. El terminado era más bien realista. Don Esteban le apuntó con el paraguas y la mujer la levantó. Se la mostró y le dijo que ella era la pintora. Le gustó el retrato.

"– ¿Cuánto cuesta? – dijo Don Esteban.

"– Ciento cincuenta pesos. Hoy lo tengo de oferta a ciento veinte pesos" – dijo la mujer con una voz suave y dulce.

Don Esteban se tocó su bolsillo trasero y sacó la cartera. Sus dedos expulgaron cada rincón de la billetera. Traía cincuenta pesos. Y todavía tenía que comprar comida por cinco días más hasta que

recibiera su pensión. Pensó *"Las angustias del pensionado se intensifican crudamente hacia los últimos días de cada mes. Llega uno encuerado los fines de mes. Maldita sea. Y así por toda la vida"*.

"– ¿Podría apartar la Frida? El próximo sábado vendré por ella y se lo pagaré" – dijo Don Esteban.

"– Si. Claro que si" –dijo la mujer con una voz suave y dulce. La pintora era una mujer madura, de unos cuarenta y cinco años aproximadamente. Sus ojos y las cejas sobresalían un poco y se podría decir que estaba sonriendo. El tapaboca casi le cubría todo el rostro. Don Esteban nada más podía ver las cejas y los ojos de la mujer cuando entabló conversación con ella.

"– Se lo agradezco. El próximo sábado vendré por la Frida" – dijo Don Esteban.

Se dieron sus nombres. Georgina ella y él le dijo Don Esteban. Y de pronto este le dijo a la mujer que de adolescente se había enamorado locamente de una amiga del mismo nombre, Georgina. Fue un amor platónico. La mujer también comentó que se enamoró platónicamente de un amigo con el mismo nombre Esteban. Ambos se rieron de la

coincidencia. Ninguno se casó con su amor platónico. La voz de Georgina no desentonó y seguía siendo dulce y suave. Don Esteban sintió algo en su estómago.

Don Esteban pasaba por el trago amargo de su divorcio y, de pronto, así, sin más, sintió algo en su ser por esta mujer desconocida. Con toda su capacidad intelectual no alcanzaba a comprender lo que le sucedió en pocos minutos. En su juventud Don Esteban devoró todos los libros de André Bretón, padre del surrealismo. Y su libro preferido *“L´amour fou”* lo guardaba con celo de fanático. Pero eso fue hace muchos años. Ahora tenía sesenta y cinco años.

Don Esteban se despidió de la mujer y se dirigió a su meta.

Tomó el autobús en el centro de la ciudad. Unas cuantas personas viajaban con el tapaboca puesto. El chofer también con tapaboca encendió el motor y avanzó a su destino. Desde su asiento, en pleno movimiento del autobús, Don Esteban pudo observar la plaza solitaria, ninguna alma pululaba. El autobús tenía que atravesar el corazón de la ciudad. En esos tiempos de la pandemia las casas en

los centros de las ciudades y de tan solas que estaban daban escalofrío verlas en esas soledades mortales.

Se escuchaba a los pájaros juguetones haciendo gran algarabía para buscar su lugar en los árboles donde pasar la noche.

Oscurecía. En el cielo azul zafiro algunas estrellas emitían tímidamente su blanca luz. Sin voces humanas. El canto de los pájaros empezaba a apagarse hasta extinguirse. Silencio.

Durante el trayecto de regreso a su cuarto Don esteban notó que el estertor no lo dejaba. No se apagaba ni disminuía, como si fuera una punzada caliente e intermitente.

Don Esteban abrió la puerta y entró a su cuarto, ubicado en la segunda planta, en la azotea, dejó su paraguas en una mesita de madera, se quitó el sombrero y el tapaboca. Se echó vestido en la cama y se relajó. Cerró sus ojos y la imagen de la pintora apareció con intensidad. No lo dejaba, ahí estaba ella, a quien había conocido casualmente pocas horas antes. Y, ahora, tenía el espíritu turbado y perplejo como si fuera un adolescente. Pensó en su

frase favorita dialéctica *"Todo debe pasar. Nada permanece"*.

El gato llegó y afuera del cuarto empezó a maullar. Don Esteban lo escuchó acostado, no hizo ningún movimiento de levantarse, sonrió y pensó *"ya llegó de sus vagancias"*. Le vino a la mente un verso del poema a los gatos de Baudelaire *"Los amantes fervientes y los sabios austeros, aman, en su madurez, a los gatos, como ellos sedentarios.."*.

Pasaron los días. Faltaban dos días para el sábado. El día que se comprometió con la pintora para comprar la Frida. Por algunos momentos vacilaba su voluntad y consideraba no ir. Él mismo se limitaba, pero a costa de perder por eso su principio de ser comprometido. Se decía a sí mismo *"¿qué ganaría yo si le digo a ella que me gusta y que sentí algo cuando la conocí? Me estoy comportando como un jovenzuelo, ya no tengo edad para eso"*.

Llegó el día. Don Esteban tomó su paraguas, el sombrero y el tapaboca. Después de muchas cavilaciones decidió ir. Estaba decidido hacer la caminata como acostumbraba. Y al regreso abordaría a la pintora en su puesto. Revisó la bolsa del pantalón para cerciorarse de que llevaba el

dinero exacto en su cartera y comprarle la Frida Kahlo a la pintora.

Cuando llegó a la *Playa Tlacopanocha* no había gente a la vista. Todo se veía solitario sin ninguna alma viviente. El viento mecía plácidamente las ramas de los árboles, La pandemia seguía azotando al mundo entero. No había tregua. Los muertos se incrementaban en números exponenciales. La ciencia estaba corta, dijéramos coloquialmente *"en pañales"* ante este nuevo virus que atacó todo el planeta Tierra de una manera brutal, sin piedad y, aún, no había sido inventada la vacuna para combatirlo. Todos los gobiernos del mundo se estaban enfocando a su descubrimiento; la inteligencia humana esforzada al máximo, pero sin resultados positivos a la vista. Nada. El panorama de salud mundial se veía en un cuadro muy desalentador. Y los organismos mundiales concluyeron tajantemente *"tendremos que aprender a vivir con el virus"* durante toda nuestra vida.

Don Esteban inició su caminata con paso tranquilo, como si fuera un pequeño burgués en los *Champs-Elyseés* de París disfrutando el paseo dominical. El aire fresco de verano entraba en sus pulmones con

deleite. En el confinamiento uno respiraba con dificultad, como si el aire estuviera enrarecido con moho.

Avanzó por el malecón y pasó el puerto; todavía caminó un centenar de metros sin encontrarse con persona alguna. Más adelante vio que una pareja de ancianos venían a su encuentro. Tenían los dos el cabello encanecido y usaban lentes.

"– Buenas tardes" – dijo Don Esteban.

"– Buenas tardes" – dijo el hombre sonriendo.

Don Esteban continuó su camino. Admiraba los árboles frondosos con sus ramas colgantes y algunas se besaban con otras. A esa hora los rayos de sol aún penetraban libremente el follaje tupido de sus ramas.

Rayos dorados. Bandadas de pájaros empezaban a buscar su refugio para pasar la noche.

El cielo claro y sereno. Se agrandaba el silencio de los ecos.

Llegó al punto de retorno en el *Parque de La Reina*. Cruzó la calle y se dirigió a la acera de enfrente.

Ahora tenía que dirigirse al lugar donde la pintora vendía sus cuadros. Don Esteban sintió las punzadas en el estómago, como le había sucedido la primera vez que estuvo con la mujer.

La Costera solitaria. *La Petaquilla* desolada, sin vida, fantasmal. Más allá, *Dominguillo* y *Hornitos* desolados también. Ningún alma viviente. Una ciudad tétrica casi fantasmal. Se escuchaba el eco agrandado por el suave viento marino. Las ramas de los árboles se besaban en la oscuridad de la noche.

A lo lejos Don Esteban alcanzaba a percibir una figura pero no estaba seguro que fuera la mujer de los cuadros. Cuando llegó al mismo lugar de la primera vez no encontró a nadie. El lugar estaba vacío. Su espíritu empezó a perturbarse. Hoy era sábado. No había duda. Hoy era el día que acordaron que le compraría la Frida a la pintora. Miró su reloj. La hora acordada. Nadie.

Vio venir a un hombre con tapaboca puesto. Y cuando lo tuvo enfrente le preguntó.

"– Perdone, señor, de casualidad ¿no ha visto una mujer que vende cuadros y pinturas? –dijo Don Esteban.

"– No, señor, "– dijo el hombre.

"– Los sábados se pone aquí en este lugar para vender" –.

"– No, señor. No la he visto" –.

"– Muchas gracias, señor," – dijo Don Esteban.

A pocos pasos de allí observó un pequeño lugar de venta de nieves y helados. Caminó hacia el lugar y esperó que algún mesero saliera para atender a los clientes. Un joven alto, con el tapaboca puesto, llevaba el pedido para un cliente. Don Esteban esperó en un lugar estratégico y lo abordó.

"– Buenas tardes, joven", – dijo Don Esteban.

"– Buenas tardes, señor" –.

"– ¿No ha visto a una mujer que vende cuadros y pinturas y que los exhibe en el suelo a unos metros de aquí?".

"– No, señor" –.

Don Esteban quedó descorazonado. Abrigaba la esperanza de que el trabajador pudiera tener alguna referencia más concreta y le dijera que ella no fue ese día pero que vendría la semana entrante. Cuánto sufren los enamorados cuando están sujetos a la incertidumbre. Uno puede ver pasar una mujer y la observa magnéticamente unos segundos, el corazón se acelera, la mente está narcotizada, y jamás la vuelve a encontrar. Salvajemente desea que el momento se repita de nuevo para decirle honestamente lo que sintió ese momento al verla.

El mesero no agregó nada más.

"– Muchas gracias, joven". – dijo Don Esteban.

"– De nada, señor". – dijo el mesero dando media vuelta hacia la cocina.

Transcurrió una hora y Don Esteban permanecía allí, estoicamente, como soldado de San Ignacio de Loyola, férreo y disciplinado, esperando que la mujer pudiera venir. Cada minuto que pasaba le parecía una eternidad. Su corazón latía a ritmo acelerado. Unas gotas de sudor perlaban su frente. Pero ella no vino. Si tan sólo hubiera sabido donde vivía iría *ipso facto*. Padeció angustia.

Habían transcurrido veinte años y las calles estaban cada vez más y más solitarias, como si nunca hubiera habido almas vivientes. Si caminabas por el centro de la ciudad o por *La Costera* todo era un cuadro desolador, como si los hubieran extinguido con un gas mortífero en tiempos de guerra y las almas quedaron inmovilizadas. La pandemia continuaba azotando al mundo, provocando fatalmente montonales de muertes. La ciencia todavía no encontraba la vacuna para combatirla. A los muertos por el virus los echaban sin misericordia en una bolsa de plástico negra. Al final las autoridades sanitarias optaron por incinerarlos y darles las cenizas a sus deudos. Los contaminados ya no salían vivos del hospital. Tenían una muerte de apestados, solitarios, ni nadie podía darles el último adiós en su lecho de agonía. Morían solitarios. Muerte horrible.

Don Esteban, metódico y sistemático, fiel a ese principio que lo rigió toda su vida, continuó yendo durante varios años los domingos por la tarde, cuando bajaba el ardiente sol, a caminar por *La Costera,* con su sombrero puesto, paraguas y tapaboca, como si fuera un pequeño burgués en su paseo dominical en los *Champs-Elyseés* de París.

Nunca le abandonó la esperanza de encontrar a Georgina, la pintora. Cada mañana del domingo se apoderaba de él un espíritu esperanzador de poder verla. Deseaba pagarle el retrato oval de la Frida Kahlo y decirle lo que sintió el primer momento que la conoció y que todavía no se apagaba en su corazón, seguía como rescoldo de brasa.

Don Esteban nunca volvió a encontrarla. La esperanza de que viniera la pintora cada vez era más remota, se difuminaba como si fuera una pluma ligera en medio de la vorágine de una tormenta. *"Se la tragó la tierra"*, concluía Don Esteban.

A su mente llegaron las dulces palabras del sublime Thomas de Quincey y su amor por Ana, su fiel compañera en la desgracia, quien fue arrojada a vicios bestiales por un hombre cruel y despiadado. Ella un día, sin saber quién era él, le salvó su vida. La pequeña Ana fue como un ángel evanescente. Él fue muchos años a ese lugar para expresarle su infinita gratitud pero nunca volvió a verla. *"Querida Ana, mi magnánima y dulce salvadora, de corazón puro y bondadoso, imploro para que mi gratitud y mi amor te persigan siempre como una maldición en cualquier lugar*

de la faz de la tierra o del infinito universo en que te encuentres y te abrace fraternalmente en un acto de reconciliación de paz y amor".

El gato maulló fuerte cerca de la silla donde estaba Don Esteban y este despertó con sobresalto. Miró al gato, su compañero de cuarto. El gato, indiferente, le retó con la mirada. Los gatos son enigmáticos. Los egipcios los veneraban.

Las últimas notas del sublime adagio de Marcello se derramaban en el pequeño cuarto. Transportado por las armonías del adagio Don Esteban deseaba con vehemencia ir a aquel ignoto lugar que Baudelaire describe en un delicioso poema y recitó un verso *"Allá donde todo es calma y voluptuosidad"*.

Don Esteban empezó a tararear su canción favorita el chachachá *Quién será*. El gato salió

del cuarto. Se quedó solo, como alma solitaria, confinado en la habitación, mirando imperturbablemente el pequeño retrato oval de Frida Kahlo que colgaba en la pared blanca.



Frida Kahlo, G. Castilleja
Colección privada de David Ramírez

Agar, esclava

Yo, Agar, soy esclava.

Mi padre, el faraón de Menfis, me dio como un regalo a Saray para formar parte de su servidumbre. Esto sucedió cuando los israelitas tuvieron muchas batallas y lograron al final hacer buenas relaciones con los reyes y faraones de la región. Fue un gesto de buena voluntad y amistad que mi padre hizo a Saray, cuando tuvieron un encuentro en el palacio donde vivíamos, en Menfis. Era esa una práctica y costumbre de mantener las relaciones y alianzas con los líderes de las tribus. La partida fue a la mañana siguiente. Era verano. Hacía un sol hermoso; las aves del Nilo llegaban a la ciudad con su alegre trinar. Me despedí de mi padre, el Faraón de Menfis, y de mi madre. Me dieron unas figuras de mis dioses egipcios que me puse en mi regazo, y llevarlas muy cerca para que

me protegieran. No sabía que destino me deparaba en esas tierras lejanas de los hebreos. Tierras áridas, secas. Escuché decir a padre, el Faraón de Menfis, que esas tierras se encontraban al norte de Egipto. Muy lejos. Lo interpreté que era como despedida final, y que ya no volvería a verlos jamás. Es duro dejar a los padres, ir a otras tierras, con gente extraña. Un tiempo mi padre, el Faraón de Menfis, me dijo que yo estaba destinada a casarme con un príncipe egipcio. Mi linaje era real. Mi padre, el Faraón, ordenó a un par de criados que me llevaran a donde estaba la caravana de Abrahán, el hebreo y su esposa Saray. Había mujeres y niños, ancianos y ancianas, vacas, ovejas, camellos, asnos, esclavos y esclavas, vasijas, todas las posesiones de los hebreos.

Saray era esposa de Abrahán, el hebreo, quien era el líder de la tribu. Abrahán y Saray eran libres y se dirigían a Canaán, la tierra de los israelitas, al norte de Egipto. Yo había escuchado que El Sadday protegía a esa tribu, que era mandada por Abrahán. Mi padre, el faraón de Menfis, me inculcó la religión egipcia. Y yo la practicaba a escondidas de Saray. Ella nunca me dijo que me convirtiera a la adoración de su Dios, el Señor. Los hebreos fueron

esclavos de los egipcios. Su esclavitud duró cuatrocientos treinta años. Ahora, ya son libres. Pero practican la esclavitud también. Cuando ganan batallas a otras tribus hacen presos y los convierten en esclavos. Esa tribu esclava paga impuestos a los israelitas.

Yo, Agar, hija de un faraón, hijo de otro faraón, hijo de otro faraón, aunque me dieron como regalo a Saray me he convertido en una esclava. Saray me colocó entre la demás servidumbre. No me dio un trato digno a mi linaje. Ahora, yo, Agar, soy esclava de Saray.

Ella en su hogar, en el desierto, me somete a trabajos rudos, no dignos de una hija de un faraón. Las faenas que me encomienda mi señora Saray las hago a buen término. No importa el tiempo ni el clima yo siempre las hago. Pienso que ella no debiera tener queja alguna de mí. Al principio tuvimos una relación agradable. Su voz era dulce cuando ordenaba cosas que yo debía hacer. Lo mismo era para las otras esclavas de su servidumbre. Pero Saray ha cambiado su carácter. Ya no es agradable ni ríe tampoco. Está amargada. Ya esta vieja. Tiene ochenta y ocho años. Es estéril.

No le ha dado un hijo a su esposo Abrahán. Éste ya tiene noventa y ocho años. Es un viejo. En el fondo Saray tiene un buen corazón. Piensa en que ya no puede tener hijos y eso le preocupa. Un día de primavera me levanté temprano para hacer las faenas que me dijo Saray. La vi salir de la casa y fue a donde estaba su esposo Abrahán. Él estaba sentado a la puerta del establo donde estaban los animales. Su rostro de frente al sol naciente de la mañana. El sol lo calentaba. Su rostro, con barba encanecida, y su piel llena de arrugas, parecía inquieto. Pienso que los viejos a esa edad ya no deben preocuparse por nada de este mundo. Deben pasar una vejez feliz para después ir a descansar con sus antepasados en paz. Parecía que hablaban acaloradamente. Él levantó sus manos y los ojos al cielo. Su mano derecha sacudió el bastón con energía. Como poniendo fin a una discusión. Vi venir a Saray directo hacía mí y me dijo: "Hoy y todos los días venideros te vas a acostar con mi esposo. Calienta su cama. Calienta su cuerpo. Dale un hijo". Por la noche fui al cuarto de adobe donde estaba Abrahán, el hebreo. Abrahán apago la luz de la vela, me desvestí y me metí a su cama y calenté su cuerpo. Yo, Agar, era pura. Mi virginidad nunca antes nadie había tocado. En casa de mi padre, el

faraón de Menfis, muchos jóvenes me rondaban. Pero a nadie di mi virginidad. Y no tuve relaciones con ninguno de ellos. Todo mi cuerpo era puro, virgen. El primero y el último que me tocó y me quitó mi virginidad fue Abrahán, el hebreo, esposo de Saray. Al salir el sol, yo salía del cuarto de Abrahán y me iba a hacer las tareas diarias que Saray me tenía asignadas en la casa. Muchas noches fui al cuarto del hebreo y me acosté con él para darle calor. Hacía esto porque mi señora Saray me lo había ordenado. Yo, Agar, hija del faraón de Menfis, era su esclava. Un día que estaba barriendo la casa, me empecé a sentir mal. Sentía mucho calor en mi cuerpo. Me senté en el suelo por unos instantes. De pronto Saray apareció y se paró enfrente de mí. La vi majestuosa, imponente, autoritaria. Me preguntó qué porque estaba sentada en el suelo. Y le dije lo que sentía. Su rostro se tornó alegre y río. Sara me dijo que yo estaba preñada. Saray salió de la casa y fue a donde estaba su esposo. Ya parada, yo, alcancé a ver a los dos sonriendo. Abrahán levantó sus manos y sus ojos al cielo. Su mano derecha agitaba el bastón.

Pasaron los días y Saray decía que yo era rebelde y no la respetaba. Ella empezó a molestarme mucho.

Los meses habían transcurrido y mi cuerpo mostraba el hijo por nacer.

Saray empezó a insultarme otra vez. Se mostraba cada vez más ruda conmigo. Decía que yo no la obedecía como al principio. Y agregaba que esto se inició a raíz de que quedé encinta. No aguanté la situación. Una noche tomé la decisión de huir. Y un día, antes de despuntar el sol, huí de la tienda. Salí de la tienda sigilosamente y me dirigí al desierto. Abrahán y Saray dormían profundamente y no escucharon mi partida. Ya habían transcurrido seis lunas llenas. Mi vientre empezaba a crecer. Llevaba en mis entrañas al hijo de Abrahán, el hebreo. Caminé sin rumbo fijo por el desierto. El calor era insoportable. Llegué a un pozo y había palmeras. Tomé agua fresca. Caminé mucho hasta encontrar un paraje con algunas palmeras y un pozo. Me detuve a saciar mi sed. De pronto escuché una voz suave y dulce como la miel que se dirigía a mí. Yo no podía ver el rostro de la persona. Destellaba una luz blanca como la leche. Me dijo:

-"Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y adónde vas?"-.

-"Estoy huyendo de mi señora Saray"-.

-"Vuelve a tu señora y sométete a ella. Multiplicaré tanto tu descendencia que por su gran número no se podrá contar. Estás encinta y darás a luz un hijo al que llamarás Ismael, porque el Señor escuchó tu sufrimiento".-

-"Tú eres El Roí. ¿acaso no he visto al Señor que me vio?", - le dije.

El hombre resplandeciente desapareció. Ya no habló más. Y yo regresé a la tienda con mi señora Saray. Yo no creía en el Dios de los hebreos, de Abrahán y Saray. Mis dioses eran egipcios y ellos me protegían como me había dicho mi padre, el Faraón de Menfis. Y no necesitaba más dioses ante quien postrarme. Un fuerte impulso se apoderó de mí y emprendí el regreso con los hebreos, Abrahán y su esposa Saray. Era muy fácil dirigirme a otro lugar para alejarme de mi señora Saray, y así olvidar la serie de insultos que me daba. En mi cabeza, la voz de El Roí dirigía mis pensamientos y acciones y yo me convertí en esclava de esa voz, fui obediente a lo que me ordenó. Cumplí su voluntad y fui obediente. Saray cuando me vio entrar a la tienda para hacer las tareas encomendadas me preguntó que adónde había ido y que por qué traía mi rostro

muy iluminado, resplandeciente. Le dije que había caminado un poco en el desierto, alrededor de la tienda. Y el sol estaba ardiente.

Nació mi hijo. Le pusieron Ismael. El primer hijo de Abrahán, el hebreo, patriarca de los israelitas en Canaán. Mi hijo se convirtió en israelita. A los ocho días de su nacimiento, Abrahán lo circuncidó. Aunque yo, Agar, era esclava, Ismael, mi hijo, tiene el título de ser el primogénito de Abrahán, el patriarca hebreo. Y, además, Ismael está circuncidado, de acuerdo a la ley de los hebreos. Yo, Agar, amamanté a mi hijo. Mis pechos tenían mucha leche. Desde que nació mi hijo, me quedaba en la casa. Ya no iba por las noches al cuarto de Abrahán para calentarle su cuerpo. Desde el nacimiento de Ismael yo veía a Abrahán, el hebreo, y a Saray como apaciguados. Sus rostros eran más dulcificados. Y cuando estaban con Ismael los dos sonreían. Saray, al principio, se mostraba dulce con mi hijo. Lo agarraba entre sus manos y lo alzaba. Escuché que los hebreos daban un trato especial a los hijos primogénitos. Mi raza, los egipcios, también tenían esta creencia que venía de todos mis antepasados. Los hebreos y los egipcios eran iguales.

Un día llegaron tres hombres del desierto a la casa de Abrahán. Los atendió y les dio de comer y beber. Uno de ellos resplandecía con la luz del sol. No podía verle el rostro bien. Vestía una túnica blanca y, en su mano derecha, llevaba un bastón. Abrahán iba y venía de la tienda y llevaba la comida a los tres hombres del desierto. Vi que Saray no salió de la carpa, y se mantuvo atrás para poder escuchar lo que hablaban los forasteros con Abrahán, el hebreo. Hablaban la misma lengua. Se entendían bien. Estando comiendo todos, el hombre de la túnica blanca le dijo a Abrahán que fuera por Sara y la trajera a su presencia. Y le preguntó:

-"¿Por qué te reíste, Sara?" -.

-"No me reí, Señor"-. dijo Sara.

-"Si, te reíste"-. dijo el Señor.

-"¿Acaso hay algo imposible para el Señor"-., dijo el hombre de la túnica blanca y bastón.

Se marcharon y Abrahán los despidió postrado ante los pies del hombre de rostro resplandeciente. Él puso su mano suavemente en la cabeza de Abrahán, el pelo blanco como la nieve. Eso fue todo lo que vi y escuché. Y esto sucedió hace casi un año. Mi hijo

Ismael tenía catorce años cuando nació el hijo de Sara. Le pusieron Isaac. Abrahán, el hebreo, tenía cien años y Saray noventa. Siempre me pregunté cómo Saray siendo estéril y vieja pudo concebir un hijo. Saray ya no menstruaba. Abrahán y Saray están alegres. Sus rostros son dulces. Sus miradas ya no se ven atormentada por algo que nunca supe. Ahora están juntos los tres, Abraham, Saray y su hijo Isaac. Como niños juegan Ismael e Isaac. Me da gusto verlos que jueguen. Pero a mi señora Saray veo que no le gusta. Cuando están reunidos los niños va y separa a Isaac. Y se lo lleva con paso apresurado a la tienda. No lo deja salir la mayoría de las veces. Saray me mira muy autoritaria y yo no digo nada. Soy una esclava. Ismael mi hijo es un esclavo también. Abrahán, el patriarca hebreo, nunca dice nada tampoco. Muchas veces jugaron Ismael e Isaac. Un día, Abrahán, el hebreo, vino a donde yo estaba trabajando y me dio pan y una vasija de agua. Me dijo me fuera al desierto. Me dio pan y una vasija de agua. Recogí mis cosas. Ismael y yo, Agar, esclava, madre del Ismael, hijo de Abrahán, obedecí. Ismael y yo nos fuimos al desierto. El desierto se convirtió en nuestro hogar por siempre. No sabíamos que rumbo tomar o adonde dirigirnos. Toqué en mi pecho a los dioses

egipcios que llevaba porque me los dio mi padre, el Faraón de Menfis. Ismael y yo caminamos mucho tiempo sin rumbo fijo. A veces encontrábamos unos arbustos que nos protegieran del sol abrasador del desierto y nos sentábamos a descansar. Ismael no decía ninguna queja. Únicamente me miraba a mí y volteaba su mirada a la profundidad del desierto inclemente. Ismael se ha convertido en un hombre. Pasaron varios días desde que fuimos arrojados de la tienda por Abrahán, el hebreo, padre de Ismael. Era nuestro hogar. Ahora nuestro hogar es el desierto. Ismael y yo somos hijos del desierto. Yo, Agar, hija del faraón de Menfis fui extraída de mi hogar, por mi propio padre. Yo, Agar, esclava de la señora Saray y Abrahán, el hebreo, fui extraída del hogar. Fui arrojada al desierto por el padre de mi hijo. Ismael fue arrojado como polvo al desierto por su propio padre, Abrahán, el hebreo. Sé que los dioses egipcios no nos abandonarán. Ellos nos protegerán como dijo mi padre, el Faraón de Menfis. El silencio del desierto. Es un silencio donde se escucha el viento. Es un silencio donde escuchas como las hojas de los arbustos caen al polvo del desierto. Por la noche, acostados en el polvo del desierto, Ismael y yo podemos ver la inmensidad del cielo. Las estrellas con su luz

intermitente como si estuvieran jugando. El cielo inmenso es de azul zafiro. Mudos testigos fueron el cielo y el desierto de nuestros sufrimientos. Y nos dormíamos uno junto a otro. Se acabó el agua y la comida. Caminamos mucho por el desierto y su inclemente sol abrasador. No resistiremos mucho. Nos vamos a morir. Yo no quiero ver morir a mi hijo, Ismael. En el próximo arbusto que vea en el desierto voy a dejarlo dormir. Y cuando él esté profundamente dormido por el cansancio y la falta de agua, yo me iré de su lado sin que se dé cuenta. No quiero ver morir a mi hijo. En el desierto no hay salvación. Ahora es el momento. Ismael está dormido. Me levanto y me voy. Llego a un arbusto y descanso. Y lloro. Yo quiero morir primero que mi hijo Ismael. De pronto una voz en lo alto del cielo me dijo:

-"Escuché el llanto del niño"-, dijo una voz enfrente de mí.

-"Levántate Agar y ve a tomar agua al pozo. Despierta a Ismael"-, agregó la voz.

No pude ver el rostro del hombre. Abrí los ojos y se había desaparecido. Fui por Ismael. Ismael y yo saciamos nuestra sed. Y continuamos nuestro

incierto camino por el desierto. Muchos días y noches caminamos por el desierto. Llegamos a un poblado. Pasaron los años y ya no caminamos más por el desierto. Ismael ya era un hombre y le conseguí una mujer egipcia para casarlo. Yo, Agar, ya no soy esclava de Saray. Han pasado los años y ya estoy vieja. No me casé ni fui esclava de nadie más. Siempre obedecí a mi padre, el Faraón de Menfis. También obedecí a mi señora Saray y a Abrahán, el hebreo. Obedecí la dulce voz de El Roí cuando se apareció en el pozo, cuando me escapé la primera vez de la tienda de Saray, cuando estaba encinta. Obedecí la dulce voz de El Roí cuando Ismael y yo estábamos muriendo en el desierto. Y nos salvó la vida. Ismael y yo, Agar, le conservamos siempre gratitud a El Roí, el que todo ve pero no se ve, el resplandeciente. El lugar donde vivimos es el desierto de Parán. Ismael ha logrado dominar el tiro de arco. Nadie lo ha podido vencer. A veces vienen hombres y mujeres a descansar. Pasan noches y días. Y luego, con las fuerzas repuestas, emprenden su camino otra vez. Ismael ya es un hombre. Necesita una mujer. Iré al pozo por la tarde, cuando baje el sol quemante, y las mujeres vayan a sacar agua. Llegaron todas las mujeres y vi una de ellas con su cántaro. Es joven. Se ve fuerte. Sacó agua y

se puso el cántaro en la cabeza. Es egipcia. No quiero para Ismael una mujer hebrea. Yo, Agar, soy egipcia. Mañana iré a su tienda y hablaré con sus padres. Le pediré su mano para mi hijo Ismael. Se casaron de acuerdo a la religión egipcia. Y tuvieron muchos hijos. Nunca más volvimos a saber nada de mi señora Saray ni tampoco de Abrahán, el hebreo, patriarca de los israelitas. Tengo presente en mi memoria lo que me dijo El Roí, el del rostro resplandeciente que no se ve, pero que todo ve, cuando Abrahán, el hebreo, nos echó de su tienda a mí y a Ismael, su hijo, dándonos una vasija de agua y un pedazo de pan para no morirnos de hambre en el desierto. Ismael y yo no teníamos fuerzas para caminar en el desierto. Cuando estaba a punto de desfallecer, acostada en el polvo del desierto, protegida con una rama de arbusto como sombra, una voz dulce desde las alturas del cielo ardiente del desierto me dijo:

-"¿Qué te sucede, Agar? No temas, porque Dios ha escuchado el llanto del niño allí donde está. ¡Levántate, Agar. Toma al niño y llévalo de la mano, porque haré de él una gran nación! Tendrá, como Abrahán, mucha descendencia y poblarán muchas naciones".

Abrí mis ojos y vi un pozo de agua. Y le di de beber a Ismael. No morimos. El Roí nos salvó por segunda vez y nos ha protegido siempre. Lo obedecí. Su voz era tan dulce como la miel. Lo que me decía se me quedaba como si estuviera inscrito en piedra en el centro de mi voluntad. Yo, Agar, hija del faraón de Menfis, madre de Ismael, hijo de Abrahán, el hebreo, siempre obedecí la dulce voz de El Roí que provenía de las alturas del cielo ardiente del desierto.

Sé que pronto me reuniré con mis antepasados. Siempre obedecí la ley. Hice lo que creí justo y correcto. No hice ni deseé el mal a ninguna persona. No esperé ninguna recompensa de lo poco bueno que hice para mis semejantes. Si alguien me hizo mal no le guardo rencor. El Roí, el que todo lo ve pero nadie lo ve, el resplandeciente, será el juez de todos y a Él me someto porque sé que es justo.

Yo, Agar, estoy en paz.

(Fragmento del libro inédito *"Limbrascia")*

CAPÍTULO 2

K, sudoroso; las perlas del sudor ya empezaban a resbalar en su rostro. No se detenía ni por un segundo. Tenía que cumplir las órdenes del patrón. Contribuir a destruir libros que nadie quería. Y yo allí, justo a tres metros de la caverna de la muerte. Una gran caja de metal romboide con miles de cuchillas afiladas por dentro, dando giros frenéticos para recibir la carga del desecho y pulverizarla.

La diferencia con la guillotina de la revolución francesa es que esta guillotina moderna es más discreta. Aquella era de carácter público y para eso se diseñó. Cortar cabezas para que la chusma las viera rodar en el cesto del cadalso. Borbotones de sangre derramada. Ah! humanidad qué crueldad inhumana. La máquina de estos tiempos es llenada

con doscientos kilogramos de libros en un solo tirón. En tan sólo 60 minutos nos convierten nuestras miserables existencias en virutas retorcidas. Pero, nadie ve el proceso de destrucción. Pedacitos. Tiras. Por eso es muy discreta la máquina trituradora. Puede triturar ¡2000 kilogramos de papel en una hora! Considerando que en promedio el peso de un libro es de 200 gramos, tendremos el resultado de que nos llevan al cadalso a 10,000 libros ni más ni menos. Hechos virutas retorcidas en 60 minutos. Entran en la fatídica acción cortadora alrededor de 44 navajas afiladas de 40 mm de diámetro. Acero alemán, de lo mejor del mundo. Bueno, también lo fabrican los suecos y los japoneses. A la chispa de la corriente eléctrica se produce un ruido sordo, pesado, como una nave en el espacio sideral. Te dejan sin aliento.

—"K ¿cómo va la carga? ¿está preparada?" — gritó el patrón desde su oficina.

—"En unos minutos termino, señor" —.

—"Apúrate" —.

Zaps, zaps, zaps, se escuchaba la pala metálica de K al recoger los libros. Zaps.

Encima de mí hay cientos de libros. Me sofocan. Pero no puedo hacer nada. Nunca los había visto en mi vida. No hay queja de nadie. Todo es silencio. Siempre desee estar colocado confortablemente en el estante de un librero, en la casa de la dama que me compró por primera vez. Pensé que ese sería mi destino. Permanecer allí, estático. Y estar listo cuando las manos suaves y delicadas de la mujer quisieran volver a leer mis páginas, las veces que deseara. Recuerdo que cuando yo no era solicitado ella solía tocar el piano. Ah que agradable era escucharla tocar. Con que delicadeza y prestancia tocaba. Las armonías de las notas la transportaban a lugares ignotos. Y ella cerraba sus ojos color miel. Toda la melodía era como un concierto privado para mí. Me deleitaba profundamente.

Tardó varios meses en terminar mis páginas. Como había dicho antes, mi progenitor biológico hizo un libro profundo. Y había que dedicarle cierto intelecto para comprenderlo. Mi dueña lo terminó. No se doblegó ante los enigmas contenidos. Pero más bien eran razonamientos tan claros y transparentes. A veces lo sencillo, lo simple, es lo más complicado. Creo que lo dijo el gran dialéctico alemán.

“Criticar siempre a la civilización sería demasiado insípido, también me gusta rendirle homenaje cuando se lo merece”.

Lo dijo mi progenitor biológico. Era justo. Sabio.

También formuló una teoría revolucionaria. Propuso que el amor es el sostén de la humanidad y que nos acerca a la divinidad. Pero los filósofos, materialistas y metafísicos han desvirtuado tanto el amor como la religión durante más de treinta siglos. Yo, su creación, su libro amado, en una lectura por treinta días, bien hecha con razonamiento, y un poco de inteligencia, se darían cuenta del tremendo error de la civilización. Dijo que la civilización es una vergüenza. En apariencia marcha a pasos agigantados y a una velocidad sorprendente con sus descubrimientos. Es la apariencia y nada más. Señala que el hombre se tardó más de seis mil años en descubrir la brújula (un imán imantado). Por lo que el progreso de la civilización es lento y torpe. Dios ya había puesto ahí las cosas para el hombre, pero no las observa y eso que están bailando irónicamente en sus propias narices. Y así en todo. Su audaz propuesta formulada científicamente era crear un nuevo mundo. El amor está allí, puesto por

la divina providencia para darle un buen uso y correcto. Pero no, el hombre civilizado lo tergiversa todo. Lo hace doble. Pernicioso.

Sostenía que en las sociedades indigentes, como la actual civilización, con sistema capitalista, es de primer orden supremo el implementar un sistema educativo gastrosófico desde la más tierna infancia. Un niño bien alimentado razonaría extraordinariamente bien, más y mejor que uno mal alimentado de por vida. Le daba rabia que los civilizados y la religión practiquen la abstinencia, la estrechez del alimento. En una sociedad de clases esto es natural. Pero es lo que trata de transformar. Se deberá tener una transición a una etapa de armonía. En donde el exceso de comida por la población general, sin distinción de clases, pueda comer y alimentarse con amplitud en sus gustos y variedad. Decía que Dios es el alimento supremo del pueblo. Entonces por qué no lo trasladamos al alimento material. Por partes iguales funcionaría el sistema de la armonía. En mitades perfectas. La actividad productiva estaría con este supremo principio social. Cincuenta por ciento al espíritu y cincuenta por ciento al alimento. Entonces el amor sería un neutro perfecto, el hiperneutro por

excelencia. Se terminaría de golpe la división de clases tan nociva y perjudicial que ha subyugado a la humanidad hasta crear un sistema infame, el más infame e irracional, la esclavitud. No, la razón ya no sería idolatrada más, habría que derrumbarla de su pedestal de cristal. En nombre de la razón se pervierte todo, hasta el más noble de los sentimientos humanos: el amor. El amor que nada cuesta, el único consuelo en el cual nos cobijamos con relación a nuestro semejantes. Entonces el amor se transformaría en nuestra religión verdadera, la única sublime, y que Dios lo puso ahí también para deleite del hombre. Pero…la civilización otra vez a la carga de podrirlo y machacarlo hasta aniquilarlo. Y la consiguiente fórmula de consentimiento hipócrita: *todo tiene un precio*.

—"¡Por Dios K, no escucho los motores! "—, dijo el patrón con una voz chillante, digna de un pregonero callejero.

K no replicó. Hizo una mueca y siguió ensimismado en su trabajo.

K escuchó a su patrón perfectamente pero no dijo nada. Siguió silencioso tu tarea infame. No es fácil ni sencillo apilar diez mil libros para desintegrarlos

en el torbellino destellante de las cuchillas afiladas. Se detuvo un momento. Tomó un vaso de agua fresca.

Zaps, zaps, zaps.



Nací en la ciudad de Colima en 1954. Realicé mis estudios de primaria, secundaria y preparatoria en esa ciudad. Obtuve Certificado en la carrera de licenciado en Economía en la UNAM en 1973-1978.
Trabajé en la Secretaría de Comercio de 1978-1989, en el área de comercio exterior en La Paz, B.C.S.; Piedras Negras, Coah; Mexicali, B.C. y concluí en el puesto de delegado federal en Cd. Juárez, Chih.
Conferencista sobre políticas de comercio exterior de México con Estados Unidos, en Palm Spring, California, 1985.
Conferencista sobre la propiedad industrial de Marcas y Patentes, Universidad de La Paz, B.C.S., 1980.
En el sector educativo como docente de la materia de Economía Política en la Universidad de la Paz, B.C.S; Universidad de Colima; Universidad Vizcaya de Colima. Además, Coordinador del Diplomado de Comercio Exterior en la Universidad de Colima 1989-1990.
Conferencista sobre simplificación administrativa para las microempresas, Instituto Tecnológico Regional de Colima, 1992.
En el sector empresarial como gerente general de la Cámara de Comercio de Colima, 1993-1999.
En el gobierno del Estado de Colima en el Programa de Ventanilla Única de Gestión en apoyo a la microempresa. 1990-1993.
En el H. Ayuntamiento de Manzanillo como director de análisis financiero de la tesorería municipal. 2002-2003
Supervisor Electoral en el IFE (hoy INE) en dos ocasiones, 2014-2017, en Colima.
Observador Electoral, Proceso Electoral 2020-2021, en Yucatán.
Tengo dos libros publicados por Amazon en 2019: *1) Crestomatía. Las instrucciones de Juan Rulfo para leer Pedro Páramo. 2) Jesús y su doctrina de la conversión del corazón.*
Estoy en avance de un tercer libro de ficción.